

ta. Sin embargo, las victorias de Isly, de Tánger y de Mogador no pusieron término á las hostilidades. El emperador de Marruecos había ordenado efectivamente á Abd-el-Kader que abandonase su imperio; pero este mandato no era serio y el emir seguía en los fronteras de la nueva colonia, repitiendo sin cansarse sus aventuras correrías. Los generales Bedeau y Cavaignac ocuparon sucesivamente Tlemecen, para vigilar desde allí al jefe árabe.

**Sumisión de Abd-el-Kader (1847).** — En una de las expediciones de dichos generales sufrieron los franceses un descalabro en Djemma-Ghazuat, quedando en manos de Abd-el-Kader trescientos prisioneros. Poco tiempo después, el emperador de Marruecos envió una embajada á París para confirmar sus intenciones pacíficas. El embajador fué recibido en las Tullerías como un potentado; visitó los teatros y monumentos de la capital, y para darle idea de las fuerzas militares francesas, lo hicieron asistir á una gran revista en el campo de Marte.

El bey de Túnez quiso también visitar la Francia, recibiendo en ella la mejor acogida. Era en efecto útil y político para el gobierno de París sacar el mejor partido posible de las excelentes disposiciones de sus vecinos de África, tanto más cuanto que el sultán de Marruecos había ofrecido unir sus tropas á las de los conquistadores para lograr que Abd-el-Kader cesara en su resistencia. Varios triunfos obtenidos por el general Cavaignac obligaron al emir á pasar el Muzaia y á plantar sus tiendas en la orilla opuesta de este río.

Pocos días después supieron con espanto los franceses que Abd-el-Kader, reducido al último extremo, y queriendo comprometer y excitar más aún á las tribus que lo habían seguido en su retirada, se disponía á ordenar la matanza de los prisioneros que hiciera en el combate de Djemma-Ghazanat.

Bugeaud emprendió una expedición decisiva contra los habitantes de la Kabilia menor; y así que la llevó

á feliz éxito, se retiró dejando pacificada la Argelia. El duque de Aumale que fué nombrado gobernador general, persiguió sin descanso á Abd-el-Kader. Atacado éste por los marroquíes, abandonado por los suyos, y teniendo enfrente al general Lamoricière que iba á coparlo, optó por rendirse, y el 23 de diciembre de 1847 envió emisarios al mencionado general para tratar de su capitulación. Lamoricière le prometió enviarlo á Alejandría; pero el gobierno no quiso ratificar este artículo del convenio. Abd-el-Kader fué llevado á Tolón, después al castillo de Pau y, más tarde, á la residencia de Amboise. Luis Napoleón lo puso en libertad en 1852, y el emir manifestó su reconocimiento andando los años protegiendo á los cristianos cuando las famosas matanzas de Siria. Francia le ha pagado una pensión de 20 mil duros anuales, hasta su muerte, ocurrida poco há.

#### CAPÍTULO IV.

MOVIMIENTOS EN EUROPA POSTERIORES Á 1830. — CREACIÓN DEL REINO DE BÉLGICA. — INSURRECCIÓN DE POLONIA. — ITALIA EN 1831. — OCUPACIÓN DE ANCONA.

La revolución de julio tuvo eco en toda Europa. Bélgica se alzó separándose de Holanda. Las potencias reconocieron su independencia y desde entonces forma un reino independiente. Polonia trató de sacudir el yugo de Rusia; pero sus esfuerzos no podían ser eficaces. En Suiza y en Alemania se agitaron los pequeños Estados. Austria intervino en Italia; pero Francia detuvo su marcha con la ocupación de Ancona.

##### § I. — Creación del reino de Bélgica.

**Oposición entre Bélgica y Holanda.** — Al formar el congreso de Viena un solo Estado con Bélgica y Holanda, no desconoció la dificultad de hacer vivir bajo el mismo cetro dos pueblos que una oposición de

tres siglos había hecho distintos en religión, lengua, costumbres é intereses.

Holanda era una nación mercantil, y Bélgica un país agrícola é industrial. El rey Guillermo I protegió la industria abriéndole mercados en las colonias holandesas y estableciendo derechos de aduana favorables á los productos de sus fábricas. Además, había prometido á sus pueblos una constitución; pero cuando fué preciso determinar el modo cómo sería representado el país, las provincias meridionales pensaron que no les habían concedido, en la segunda cámara de los estados generales, el número de diputados que exigía la importancia de su población.

Los liberales hubiesen deseado que se estableciera el jurado en materia criminal, que se concediera la libertad de la prensa, que se reconociese la responsabilidad ministerial, en una palabra que la ley fundamental de la nación fuera tan avanzada como la Carta francesa. Habiendo dictado el rey un edicto (18 julio 1818) que prohibía el empleo de la lengua francesa en los documentos judiciales, surgieron innumerables reclamaciones contra esta pretensión de privar á las provincias meridionales de su lengua y su carácter. El rey perseveró en su sistema y dictó otra ordenanza (26 octubre 1822) para que se aprendiera en todas las escuelas el holandés. El francés seguía siendo tolerado para los informes ante los tribunales, pero sólo hasta 1825.

El rey pretendía que nadie más que él tenía derecho para reglamentar lo relativo á la instrucción pública. Estableció, pues, universidades en Gante, en Lovaina y Lieja, y exigió que los jóvenes destinados á la carrera eclesiástica siguiesen la enseñanza de las escuelas del Estado. Con arreglo á sus principios cismáticos, los obispos no podían ponerse sin su asentimiento en relaciones con la santa Sede. Y hasta se intentó un proceso contra el obispo de Gante « por haber sostenido correspondencia sobre materias religiosas con una corte extranjera », esto es, con el Sumo Pontífice.

El clero se unió con los liberales para oponerse á un sistema tan contrario á la religión como á la nacionalidad de Bélgica. Esta oposición despertó los recelos del gobierno, los empleos fueron concedidos solamente á los holandeses, y esta injusticia exasperó á los belgas.

**Revolución de Bruselas** (25 agosto). — Cuando se tuvo en Bélgica noticia de la revolución de julio, y de la elevación de Luis Felipe al trono, los ánimos, que desde hacía tiempo soportaban con dificultad el yugo de Holanda, no tardaron en exaltarse. El 25 de agosto se representaba en Bruselas la *Muda de Portici*, cuyos cantos patrióticos y liberales eran entonces, así como los del *Guillermo Tell*, una especie de *Marsellesa* de la gente rica. Al salir del teatro la multitud, excitada por lo que acababa de oír, asaltó las oficinas del *Nacional* y se dirigió hacia el palacio del ministro Van Maanen gretando: ¡ *Viva la libertad!* ¡ *Abajo Van Maanen!*

Al empezar la insurrección, los belgas declararon que su único propósito era obtener del rey Guillermo la destitución de Van Maanen y una administración distinta de la holandesa; pero bajo el cetro de la casa de Nassau. El rey Guillermo envió á Bruselas á su hijo al príncipe de Orange, quien concedió al pueblo y á la burguería cuanto éstos quisieron. Pero el partido democrático no se contentó con esto y como la revuelta siguiera aumentando, fué preciso mandar al hijo segundo del rey, llamado Federico, con un ejército para vencer á los insurrectos de Bruselas y de las restantes ciudades.

El 24 de septiembre empezaron nuevos combates; y durante cinco días, los bruselenses, atrincherados detrás de sus barricadas, rechazaron á los holandeses que al fin tuvieron que retirarse, siendo proclamada el 5 de octubre la independencia de Bélgica.

**Creación del reino de Bélgica.** — El rey Guillermo recurrió á las potencias signatarias del tratado

de Viena, y les expuso la cuestión que acababa de surgir entre él y Bélgica. Francia, Rusia, Austria y Prusia enviaron sus embajadores á Londres, para resolver este asunto en una conferencia europea. Las potencias impusieron un armisticio á los contendientes y sentó en principio la independencia de Bélgica en los diez y ocho artículos preliminares que fueron convenidos del 20 al 27 de enero de 1831.

Este nuevo Estado debía constituirse en monarquía á la cual se designaría soberano. Presentáronse dos candidatos, el príncipe de Leuchtemberg, hijo de Eugenio de Beauharnais y el duque de Nemours, hijo segundo de Luis Felipe. Como Francia se opuso en absoluto á la elección del primero, el congreso nacional y constituyente encargado de dar á Bélgica un gobierno y un sistema de leyes, nombró al segundo por un solo voto de mayoría (3 febrero).

La diputación del congreso encargada de ofrecer la corona de Bélgica al duque de Nemours, se presentó en las Tullerías el 17 de febrero. Luis Felipe le dió las gracias por la consideración que tributaban á su familia y expuso las siguientes razones para no aceptar: « Mi principal deber, dijo, es tener en cuenta los intereses de Francia, y no comprometer en consecuencia la paz que espero conservar para su dicha, la de Bélgica y de las restantes naciones de Europa, á los cuales es tan preciosa y necesaria. Como carezco de toda ambición, mis deseos personales están de acuerdo con mis deberes. Ni la sed de conquistas, ni la honra de ver una corona en las sienas de mi hijo, me arrastrarán nunca á exponer mi país á los males que son consecuencia de la guerra, y que nunca serían compensados, por grandes ventajas que obtuviésemos. Los ejemplos de Luis XIV y de Napoleón bastarían para preservarme de la funesta tentación del trono para mis hijos y para que prefiera la dicha de haber conservado la paz al brillo de las victorias que en la guerra el valor de los franceses no dejaría de obtener para nuestros gloriosos estandartes.»

Los que deseaban que se rompiera con los tratados de 1815, lamentaron esta resolución, diciendo que el momento era favorable para dar satisfacción á las susceptibilidades nacionales francesas; que Rusia estaba ocupada con la insurrección de Polonia; que Austria tenía demasiado que hacer en Italia; que Prusia necesitaba vigilar sus provincias renanas, y que sólo se opondrían Holanda é Inglaterra. Luis Felipe supo resistir en aquellas circunstancias á los deseos y á la perspectiva de un aumento de poder, y antepuso los intereses de su nación á los de su familia.

La conferencia de Londres propuso entonces que se diera la corona de Bélgica á Leopoldo, príncipe de Sajonia Coburgo y viudo de una princesa británica. Este candidato fué aceptado, y el príncipe recibió en Londres, el 26 de junio una diputación del congreso belga que le ofreció la corona. Veinticinco días más tarde entró en Bruselas y juró la constitución (1831).

**Sitio y toma de Amberes** (29 de nov. á 23 diciembre 1832). — El rey Guillermo no quiso acceder al tratado de Londres y se obstinó en guardar las plazas fuertes ocupadas por sus tropas. Cansadas Francia é Inglaterra de los aplazamientos del rey de Holanda, le fijaron el 12 de noviembre como última fecha para la cual debía haber evacuado Amberes. Los holandeses no rindieron la ciudadela, y entonces un ejército francés, fuerte de setenta mil hombres, pasó la frontera á las órdenes, del mariscal Gérard acompañado por los dos hijos del rey, los duques de Orleans y de Nemours. Al mismo tiempo fueron embargados todos los navíos holandeses que se encontraban en los puertos de Francia y de Inglaterra, y las escuadras combinadas de estas naciones se reunieron en Spithead para encaminarse hacia las costas de Holanda y bloquear el puerto de Amberes.

El ejército de tierra estableció sus baterías el 30 de noviembre y cinco días más tarde empezó el fuego de artillería. La guarnición, mandada por el general

Chassé, opuso viva resistencia. El 14 estaba abierta ancha brecha; continuó sin embargo el bombardeo, y el 23 iba á darse el asalto cuando capituló la plaza. Los duques de Orleans y de Nemours se distinguieron en este sitio, y este triunfo fué glorioso para las armas francesas, á la vez que útil para la independencia de Bélgica, país que Luis Felipe tuvo la habilidad de unir con Francia gracias á las bodas de su hija mayor, Luisa María de Orleans con el rey Leopoldo.

§ II. — *Movimientos en Europa. — Ocupación de Ancona.*

**Europa reconoce á Luis Felipe.** — Después de su advenimiento al trono, Luis Felipe no perdió un día para haceree reconocer por los demás soberanos y gobiernos de Europa. Al efecto expresó á todas las cortes su deseo de conservar la paz, y cuando todos se convencieron de que el nuevo soberano no pensaba en romper los tratados de 1815, cesó toda oposición contra él.

Inglaterra no vió en la revolución que acababa de efectuarse en Francia más que un cambio de dinastía como el ocurrido en ella en 1688, y sin duda por esto fué la primera en reconocer el nuevo gobierno. El barón de Werther, que representaba á Prusia, siguió su ejemplo; el embajador de Austria, el conde Pozzo di Borgo, prestaron luego su adhesión, y las cuatro grandes potencias arrastraron consigo á las naciones secundarias. El papa Pío VIII dió al rey de los franceses el título de hijo primogénito de la Iglesia, según se venía haciendo desde San Luis, y autorizó que se prestase juramento al nuevo poder.

Pero este reconocimiento de las potencias extranjeras, que constituía un punto de apoyo para la monarquía de julio, no impidió que la revolución de la cual surgiera aquélla, encontrase eco en casi todos los Estados de Europa.

**Alzamiento de Polonia.** — Los mismos motivos que alzaron á los belgas contra los holandeses, lanza-

ron á los polacos contra los rusos. También entre estas dos naciones existían oposición de costumbres, de carácter y de religión. El emperador Alejandro había tratado en vano de calmar estos odios seculares haciendo de Polonia un reino á parte que puso bajo la dirección de su hermano Constantino. Este se había casado con una princesa polaca, y se esforzó en satisfacer las exigencias legítimas de los Estados que administraba. Con su administración tan ordenada logró aumentar el bienestar de aquéllos; pero como el carbonarismo penetrara en la nobleza y sembrara en los ánimos ideas de independencia contrarias al gobierno establecido, el emperador Alejandro tuvo que poner freno á sus tendencias liberales, y principió la reacción.

El emperador Nicolás, que no comprendía más sistema de gobierno que el absoluto, cometió la torpeza de querer juntar el poder civil al religioso, y empezó á perseguir á los católicos para colocarlos bajo la dependencia del Santo Sinodo y arrastrarlos al cisma. Esta persecución acabó de exasperar á Polonia, y así como el clero católico belga se pronunció enérgicamente contra el partido calvinista de Holanda, así el polaco dió principio al movimiento anti-ruso que terminó por la guerra de la independencia.

La insurrección estalló en Varsovia el 29 de noviembre de 1830. En una de las frías noches de invierno que en el Norte anuncian las grandes heladas, se vió de pronto invadido el palacio del Belvedere, en que vivía el gran duque Constantino. Los conjurados penetraron tumultuariamente y con las espadas desnudas en las habitaciones del príncipe, sin que se supiese cuál era su propósito. Hirieron á los grandes dignatarios y se entregaron en aquella terrible noche á excesos de que al día siguiente se avergonzaron sus partidarios. El gran duque huyó con su mujer, de modo tan precipitado, que casi no pudo ésta llevarse sus alhajas.

Los nobles, que habían provocado el movimiento, comprendieron que no se hallaban en estado de hacer frente á Rusia y manifestaron deseos de que todo se limitase á pedir para Polonia una administración separada. Algunos llegaron hasta tratar de averiguar las disposiciones del gran duque, para saber si aceptaría la corona polaca; pero el príncipe rechazó la proposición con desprecio, y entonces el general Chlopicki se hizo proclamar dictador, y trató de dirigir la revolución con arreglo á las ideas de la aristocracia (5 diciembre). Mas, tuvo que presentar su dimisión, y fué preciso nombrar una comisión gubernamental compuesta de cinco miembros, á la cual se confrieron todos los derechos del poder real (5 enero 1831).

El emperador Nicolás aprovechó el tiempo que los polacos tardaban en deliberar, y reunió un ejército de ciento veinte mil hombres, que puso á las órdenes del mariscal de campo Diebitch. Éste, que se había distinguido en otra época en los campos de batalla de Eylau y de Friedland, y que acababa de apoderarse de Varna en la última campaña turco-rusa, marchó contra los polacos, y les presentó una batalla en Grochow (19, 20 febrero). Los rusos, no pudieron, á pesar de su superioridad numérica, vencer á los insurrectos, que se retiraron en buen orden sobre Praga.

Chlopicki fué herido en este combate, y el mando del ejército polaco se dió entonces al general Shzrynecki, que se había distinguido por su valor é inteligencia en aquellas célebres jornadas. Después de varios combates parciales en que tuvo á menudo grandes pérdidas, Diebitch alcanzó á los polacos en Ostrolenka, sobre el Naveno, afluente del Vístula, y trabó con ellos una sangrienta batalla en que ambas partes tuvieron grandes pérdidas. Shzrynecki se retiró sobre Varsovia sin desanimarse, y Diebitch se quedó en Ostrolenka, donde el cólera decimaba su ejército. Una de las víctimas fué el general, que falleció en Pultusk el 10 de junio, siguiéndole diez y nueve

días más tarde en la tumba el gran duque Constantino.

El emperador Nicolás puso al frente de su ejército de Polonia al príncipe Paskewitch, que había tomado Tauris y Eriván, y había realizado la conquista de Persia. Al mismo tiempo firmó un tratado de alianza con Prusia, la cual se comprometió á dejar que pasasen por su territorio las municiones de boca y guerra que Rusia mandara por el Báltico. Con esto cambió por completo la fisonomía de los asuntos de Polonia.

Los patriotas insurrectos se dividieron y, bajo el pretexto de que Shzrynecki había comprometido el éxito con sus vacilaciones y aplazamientos, se agitaron los clubs, y en la noche del 15 de agosto la furiosa multitud dió muerte á todos cuantos llamaba traidores. El anciano general Krukowiecki, que fué nombrado presidente, condenó estos crímenes; pero tal cosa sólo le sirvió para perder su popularidad, sin obtener la confianza de la nobleza.

Durante este tiempo llegó Paskewitch bajo los muros de Varsovia, y empezó á atacarla el 6 de septiembre (1831). Su formidable artillería destruyó los baluartes, y se concentró principalmente sobre el fuerte de Wola. Los polacos resistieron heroicamente; pero habiendo reconocido al fin Krukowiecki que era imposible prolongar la lucha, se encaminó desde el siguiente día al campamento de los rusos. Paskewitch entró en Varsovia el día 8, sofocando así la insurrección. Esta victoria le valió el título de príncipe de Varsovia, con el tratamiento de alteza, transmisible á sus descendientes, y la lugartenencia general del reino, que ejerció hasta su muerte (1856).

**Movimientos en Suiza y en Alemania.** — Suiza era un de los países de Europa más trabajados por las nuevas ideas. El falso liberalismo se unió con la intolerancia religiosa, hasta el punto de que en los cantones de Berna, de Ginebra y de Vaud se perseguía el culto católico con implacable severidad, y se casti-

gaba con la pena de destierro á todo protestante que se convertía al catolicismo.

El partido radical protestaba desde hacía mucho tiempo, contra el federal, impuesto á Suiza por el congreso de Viena. Como no todos los cantones tenían la misma población, se quiso que no alcanzaran el mismo influjo en la dieta; y como de veintidós que eran en junto, nueve enteros profesaban el catolicismo y siete el protestantismo, se pretendió aumentar la importancia de estos últimos. También se censuró el cambio bienal en la dirección del poder, porque no había medio de que con tal constitución siguiera el Estado su desarrollo normal.

Hubiérase deseado estrechar los lazos federales, y para ello se pretendió que era necesario favorecer las ideas democráticas. La revolución de 1830, que acababa de estallar en París, favoreció la ejecución de los proyectos de los liberales. El cantón de Argovia dió la señal de este movimiento insurreccional, cuyo objeto era crear una Suiza una é indivisible, con una asamblea soberana, elegida por los cantones organizados democráticamente.

Los campesinos del cantón de Argovia derribaron en 6 de diciembre el gobierno establecido y lo reemplazaron por una asamblea constituyente, que debía extender el derecho electoral. Este ejemplo fué seguido por los cantones de Soleure (11 enero 1831), de Friburgo (24 enero), de Zurich (20 marzo), de San Gall (marzo), de Turgovia (26 abril), de Vaud, de Berna, de Schaffousse (junio) y de Lucerna (diciembre). Habiendo estallado la guerra civil en el canton de Basilea, fué preciso dividirlo en dos partes, Basilea-campiña, y Basilea-ciudad. Los gobiernos aristocráticos fueron abolidos en todas partes, y el pueblo protestó contra los privilegios de los nobles y de los burgueses.

Los Estados alemanes que tenían más motivos para quejarse de sus soberanos se alzaron al mismo tiempo para reclamar las garantías que les tenían prometi-

das. El duque Carlos de Brunswich, que se ocupaba más en sus goces que en las cosas útiles á sus vasallos, vió alzarse al pueblo contra su detestable administración en el momento mismo en que se tenía noticia de la insurrección de Bélgica (7 sept.). El duque se atemorizó, huyendo á Inglaterra, su hermano Guillermo tomó las riendas del poder, comprometiéndose á dar á sus súbditos una constitución.

Poco tiempo después estalló una sublevación en Leipzig y en Dresde contra el rey de Sajonia, Antonio I, que se vió obligado á privarse de su ministerio y á dar una constitución, que fué promulgada el 4 de septiembre de 1831.

El rey de Hannover recibió la constitución de 1819, otorgada por el principe regente, más tarde Jorge IV. En 1831 estallaron desórdenes en Göttinga y en Osterode, produciendo la retirada del conde de Munster. El duque de Cambridge fué nombrado virrey redactándose una nueva carta, que Guillermo IV sancionó en 1833. Este código concedió á las cámaras la inspección en materia de hacienda y estableció la responsabilidad ministerial.

También Hesse-Cassel y Hesse-Darmstadt tuvieron sus agitaciones, que obligaron al gobierno á entrar en una vía más liberal. Pero todos estos movimientos fueron estorbados por la dieta de Francfort, que con sus resoluciones de 28 de junio y de 5 de julio de 1832 comprimió en todas partes el desarrollo de las ideas liberales, y prohibió que se introdujeran en la constitución particular de los Estados de la confederación disposiciones que se hallasen en oposición con el sistema de gobierno generalmente adoptado.

**Revolución en Italia central.** — La propaganda revolucionaria se extendió igualmente á Italia; pero de esta vez no hubo levantamientos ni en Turín ni en Nápoles. El rey de Ambas Sicilias, Fernando II, que acababa de subir al trono había entrado, por otra parte, de manera resuelta, en un sistema de reformas y

de concesiones que no dejaban á las nuevas ideas campo ninguno que explotar. Su primer acto fué un decreto de amnistía (18 diciembre 1830); granjeóse gran popularidad por lo prudente de su administración, que le permitió disminuir las contribuciones y realizar multitud de mejoras que le captaron los ánimos de sus súbditos.

En Turín, el rey tenía demasiada edad, y parecía inminente un cambio de reino. El príncipe Carlos Alberto, que fué proclamado el 27 de abril de 1831, había probado que tenía en el fondo de su corazón intenciones generosas, y el partido avanzado no se atrevía á alzarse frente al Austria, la cual se mostraba presta á invadir los Estados Sardos, apenas ocurriera en ellos la más mínima turbulencia.

Pero en la Italia central no tuvieron la misma cordura. El 20 de febrero de 1831 estalló en Pavia una insurrección, quedando victoriosa; en Módena, Bolonia, Reggio y diversas legaciones estallaron otras. El papa Pío VIII había muerto el 30 de noviembre de 1830, después de lo cual quedó vacante la Santa Sede por espacio de sesenta y cuatro días. Al fin el 2 de febrero fué elegido el cardenal Capellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI; su pontificado comenzaba en circunstancias muy difíciles.

Austria, que tenía en Lombardía un ejército de 100 mil hombres, penetró en los Estados rebeldes y aniquiló en unos cuantos días la insurrección, y ya el 10 de marzo se encontraban restaurados en sus tronos los duques de Parma y de Módena y la archiduquesa María Luisa. Los austriacos invadieron también las legaciones, y ocuparon Bolonia y Ancona, mientras quedaba pacificada aquella región.

Entonces los representantes de las grandes potencias se pusieron de acuerdo para presentar al Papa un *memorandum*, en el cual indicaron las reformas que convenía realizar, principalmente en las legaciones, para que no tuviese la insurrección pretexto alguno en que fundarse. El cardenal Bernetti, secretario de Estado

á la sazón, que comprendía perfectamente las necesidades de su tiempo, se apresuró á entrar en dicha vía, pero haciendo reservas para que todo pareciese concedido espontáneamente por el papa. Con tal propósito dictó los edictos de 5 julio, 5 y 31 de octubre, 4 y 5 de noviembre 1831, encaminados á modificar la administración municipal, la justicia civil y la criminal; también estableció diputaciones provinciales, poniendo así término á gran número de abusos.

Luis Felipe estuvo acorde con todas las potencias para reprimir las turbulencias y sediciones, y envió á Roma al conde de Sainte-Aulaire, con encargo de tranquilizar al papa respecto de las intenciones de Francia, y hacer saber á toda Italia que el gobierno de París, lejos de secundar á los que sembrasen el desorden y la confusión en la Península subalpina, los tendría á la vista por tierra y por mar, para oponerse por todos los medios á sus malos propósitos.

**Ocupación de Ancona** (13 febrero 1832). — Acababa de saberse que Polonia había sucumbido en su heroica lucha contra Rusia. Francia había necesitado pasar por encima de Austria y de Prusia para sostener á aquella desdichada nación; tal cosa no era posible. Al anunciar á los diputados aquella noticia, Sebastiani pronunció esta impudente frase: « El orden reina en Varsovia. » La expresión era desgraciada, y los partidos la aprovecharon para nuevas agitaciones. Hubo nuevos motines y la irritación de los ánimos fué sostenida por los emigrados polacos, que entonces vinieron á refugiarse en Francia.

Habiendo querido aprovechar el Austria las turbulencias ocurridas en Italia central para extender su influjo por toda la península, Casimiro Perier no vaciló en oponerse á aquellos proyectos ambiciosos lanzando tropas sobre la península. El 7 de febrero salió del puerto de Tolón una escuadra francesa, la cual llegó el 22 á Ancona, tomando esta población sin encontrar la más mínima resistencia.

Esta atrevida é imprevista resolución empezó por sembrar ciertos recelos entre las potencias; pero el príncipe de Metternich, que no quería guerra con Francia, se abstuvo cuidadosamente de recoger el guante que le arrojaban, y hasta el papa aceptó la ocupación de Ancona, que por lo demás era sólo una medida de seguridad para su persona y sus Estados.

## CAPÍTULO V.

### DE INGLATERRA. — DE ESPAÑA Y DE PORTUGAL.

Las nuevas ideas produjeron grandes cambios en Inglaterra. El régimen constitucional se desarrolló en Europa. Los ingleses favorecieron su establecimiento en España y en Portugal. Pactóse una alianza entre Francia, Inglaterra y aquellas dos naciones. Esto es lo que se ha llamado la cuádruple alianza, cuyo objeto era unir las monarquías constitucionales contra los gobiernos absolutos.

§ I. — *En Inglaterra, ley de reforma parlamentaria y electoral. — Abolición de la trata de negros. — Impuesto de los pobres. — Progresos del catolicismo.*

#### **En Inglaterra; ley de reforma** (4 junio 1832).

— La revolución de julio ejerció influjo hasta en la misma Inglaterra. Los reformadores se mostraron más ardientes para solicitar modificaciones en la constitución. Jorge IV había muerto en 26 de junio de 1830. Su heredero, Guillermo IV, no quería bien á los tories y como no pudo contar por esto con las simpatías del rey, Wellington tuvo que dejar el poder. Entonces los whigs entraron en el gobierno, formando su jefe, lord Grey, un gobierno en que entraron lord John Russell, lord Holland, Althorp, y el célebre Brougham.

El nuevo gabinete se ocupó inmediatamente en la reforma electoral, y con tal fin presentó á la cámara de los comunes en 1.º de marzo de 1831 un proyecto de

ley. La necesidad de esta reforma era incontestable. Hacía varios siglos que permanecían sin modificación alguna las circunscripciones, y de esto resultaban anomalías realmente chocantes. Ciudades que habían desaparecido desde hacía siglos, y de que sólo quedaban insignificantes ruinas, tenían derecho para enviar un diputado al parlamento; mientras que Manchester, convertido por la industria en un centro de población considerable, no nombraba ningún representante. El derecho electoral se encontraba, según esto, en manos de pobres gentes que traficaban con él, ó de ricos propietarios que podían elegir por sí solos un diputado, toda vez que poseían un burgo enclavado en sus dominios.

Así pues, á fines del siglo último, de 550 miembros que componían la cámara de los comunes, 97 eran nombrados directamente por el ministerio y la pairía; 71 por influjo suyo; 76 por los mismos miembros de la cámara de los comunes; y 306, esto es, más de la mitad del número total eran designados por 160 individuos pura y simplemente.

La ley de reforma presentada por los liberales no tenía nada de radical; limitábase á aumentar el número de electores; daba á Liverpool, á Manchester y á otras ciudades importantes derecho de representación que no se les podía negar; aumentaba el número de los representantes de Londres y de ciertas regiones para ponerlo en relación con el de habitantes; disminuía la influencia de ciertos burgos que, si bien no quedaban anulados, no seguían teniendo la importancia de otra época; y hacía electores á los propietarios de bienes alodiales que producían 10 libras esterlinas (250 francos), á los arrendatarios que poseían contratos de renta de sesenta años y á los habitantes de las ciudades que pagaban un alquiler de 10 libras esterlinas.

No obstante su moderación, esta ley asustó á los tories, que pusieron el grito en el cielo, por tratarse, según